

que Raúl no entendía nada. La comida, compuesta de salchichón y de queso, fué regada con buenos tragos de vino tinto y seguida por el consumo de una pipa cuyo humo llegaba hasta Raúl.

Dos veces más llenó la pipa. Y así pasaron dos horas, sin que Raúl pudiera comprender los motivos de tan larga permanencia. Por las rendijas de la contraventana veía las dos piernas envueltas en harapos y los zapatos desvenecados. Más allá se deslizaba el río. Los paseantes caminaban arriba y abajo. Brégeac estaría espionando en una de las mesas del restaurante.

Por fin, Jodot, varios minutos antes de mediodía, pronunció estas palabras:

—¿Qué? ¿Nada de nuevo? Sin embargo, reconocerás que continúa igual.

Parecía hablar, no consigo mismo, sino con alguien que estuviera cerca de él. A pesar de ello, nadie se le había acercado, nadie estaba cerca de él.

—¡Rediós!—gruñó—. ¡Te digo que está ahí! Lo menos cien veces la he tenido en mis manos y la he visto con mis propios ojos. ¿Has hecho bien lo que te he dicho? ¿Toda la parte derecha de la bodega? ¿Y el otro día la parte izquierda?... ¡Me extraña que no hayas encontrado nada!

Luego de callar mucho tiempo, añadió:

—Quizá convenga buscar en otro sitio, llegando hasta el solar que hay detrás de la casa, por si acaso arrojaron la botella allí, antes del golpe del rápido. Es un escondrijo que, aunque al aire libre, vale tanto como otro cualquiera. Brégeac, aunque haya regis-

trado la bodega, no habrá pensado en el exterior. Ve y busca. Te espero.

Nada más oyó Raúl. Pero, en cambio, reflexionó, comenzando a comprender las palabras de Jodot referentes a la bodega. Ésta debía extenderse de un extremo a otro de la casa, con un tragaluz en la calle y otro en la fachada posterior. La comunicación era fácil por aquella vía.

Subió rápidamente al primer piso, una de cuyas habitaciones dominaba el solar. Y al momento comprobó el acierto de su hipótesis. En medio de un terreno sin edificar, donde se elevaba un tablón con las palabras «Se vende», entre montones de hierro viejo, de toneles destrozados y de botellas rotas, había un niño de siete u ocho años, mísero, de una delgadez increíble, acusada aún por la elástica gris que se le pegaba al cuerpo, que buscaba, se movía, se deslizaba con una agilidad de ardilla.

El área de sus investigaciones, que parecían tener por única finalidad el descubrimiento de una botella, era singularmente pequeña. Si Jodot no se había equivocado, la operación sería breve. Y breve fué. A los diez minutos, el niño, después de repasar varias cajas viejas, se levantó y, sin pérdida de tiempo, echóse a correr hacia la villa con una botella que tenía el cuello roto y estaba sucia de polvo.

Raúl se lanzó hacia la planta baja con objeto de llegar a la bodega y arrebatarse al niño su botín. Pero el escotillón que había notado en el vestíbulo no pudo ser abierto.

Así es que volvió a avizorar tras la ventana del salón.

Jodot murmuraba:

—¿Ya la tienes?... ¡Muy bien, muy bien!... Ya tengo lo que necesitaba. El amigo Brégeac dejará de molestarme ya... ¡Anda! ¡Métete en el horno!

El pequeño debió «meterse en el horno», operación que indudablemente consistía en comprimirse entre los barrotes del tragaluz y entrar como un hurón hasta el fondo del saco sin que ningún movimiento de la tela denotara su paso.

A continuación se levantó Jodot, echóse la carga a la espalda y se alejó.

Raúl, sin la menor vacilación, saltó los precintos, fracturó las cerraduras y salió de la villa.

Jodot caminaba ya a trescientos metros, llevando al cómplice que le había servido para explorar primero el subsuelo del hotel Brégeac y luego el de la villa de los hermanos Loubeaux.

Brégeac, cien metros más atrás, serpenteaba entre los árboles.

Y Raúl notó que en el Sena remaba en la misma dirección un pescador de caña. Era Marescal.

Por tanto, Jodot era seguido por Brégeac; Brégeac y Jodot, por Marescal; y los tres, por Raúl.

Y el premio de la partida era la posesión de una botella.

—¡Es interesante, es interesante!—se decía Raúl—. Jodot lleva la botella, pero ignora que la codician. ¿Quién será el más

avisgado de los otros tres ladrones? Si no estuviera Lupin de por medio, apostaría yo por Marescal. Pero está Lupin.

Jodot se detuvo. Lo mismo hicieron Brégeac y, en su barco, Marescal. Raúl les imitó.

El trapero había extendido el saco de manera que el muchacho se encontrara mejor. Y él, sentado en un banco, examinaba la botella, la agitaba y la hacía brillar al sol.

Brégeac, pensando que era el momento de obrar, se acercó cautelosamente.

Había abierto una sombrilla, con la cual se cubría la cabeza como con un escudo. Y Marescal, en su barca, se ocultaba bajo un enorme sombrero de paja.

Brégeac, cuando estuvo a tres pasos del banco, cerró la sombrilla, dió un salto sin preocuparse de los transeuntes, agarró la botella y emprendió la huida por una avenida que le llevaba hacia las fortificaciones.

Realizó aquello limpiamente y con admirable rapidez. Jodot, pasmado, gritó, cogió el saco, volvió a dejarlo como si temiese no poder correr bastante con él... Quedó, por decirlo así, fuera de combate.

Pero Marescal, previendo la agresión, había desembarcado y se había puesto a correr. Esto mismo hizo Raúl. No había, pues, más que tres competidores.

Brégeac no se volvía, no pensaba más que en correr, como si aspirara a ser campeón. Marescal, que solamente pensaba en Brégeac, tampoco se volvió. De suerte que Raúl no tomaba ninguna precaución. ¿Para qué?

En diez minutos llegó el primer corredor a la puerta de las Ternes. Tan caluroso es-

taba Brégeac que se quitó el abrigo. Cerca del fielato pasaba un tranvía. Y numerosos viajeros esperaban en la parada para subir y entrar en París.

Brégeac se mezcló con la gente.

Lo mismo hizo Marescal.

Al acercarse el tranvía hubo tan gran tumulto que Marescal pudo fácilmente sacar la botella del bolsillo de Brégeac sin que éste se diera cuenta de nada. Marescal, seguidamente, pasó el fielato y... pies ¿para qué os quiero?

—Sólo somos dos— pensó alegremente Raúl—. Estos señores se eliminan entre sí sin pensar que trabajan para mí.

Cuando Raúl pasó el fielato vió que Brégeac hacía esfuerzos desesperados para salir del tranvía, a pesar de la gente, y ponerse a perseguir al ladrón.

Este elegía las calles paralelas a la avenida de las Ternes, que son muy estrechas y tortuosas. Corría como un loco. Cuando se detuvo en la avenida Wagram estaba sin resuello: la cara, sudorosa; los ojos, inyectados de sangre; las venas, hinchadas. No podía más.

Compró un diario, con el que envolvió la botella luego de haber dirigido una mirada a su alrededor. Se la puso bajo el brazo. Y reanudó la marcha con paso vacilante, como quien se tiene en pie por milagro. El apuesto Marescal no se erguía. Tenía el cuello puesto tan arrugado como un trapo mojado. Su barba terminaba en dos puntas que gotteaban.

Poco antes de llegar a la plaza de la Es-

trella se le acercó un señor de gafas negras y con un cigarrillo encendido en los labios. Llevaba dirección opuesta. Aquel ciudadano le cortó el camino, pero no para pedirle fuego, como era natural, sino para echarle el humo a la cara silenciosamente y con una sonrisa que descubría unos dientes casi todos puntiagudos.

El comisario, con los ojos desorbitados, musitó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Pero sobraba la pregunta. ¿Acaso no sabía que era el llamado tercer cómplice por él, por Marescal; el galán de Aurelia; el eterno enemigo?

Y aquel hombre, que le parecía el diablo en persona, señaló la botella con el dedo y dijo con un tono de broma cariñosa:

—Dámela, dámela... Sé amable conmigo... Es que no está bien para un comisario de tu talla pasearse con una botella... ¡Anda, Rodolfo! Dámela...

Marescal cedió en seguida. Gritar, pedir socorro, amotinar a los transeúntes contra el asesino, no era cosa de la que se sintiese capaz. Estaba fascinado; aquel ser infernal le quitaba toda energía. Y, estúpidamente, sin tener ni el más remoto propósito de resistencia, como un ladrón que encuentra muy natural devolver el objeto robado, dejó que el otro le cogiera la botella.

En aquel preciso momento llegó Brégeac, también echando los bofes y sin fuerza para precipitarse sobre el tercer ladrón ni tan sólo para interpelar a Marescal. Y ambos, desde el bordillo de la acera, con un palmo de na-

rices, vieron que el hombre de las gafas negras subía a un automóvil, se instalaba en él y, desde la ventanilla les saludaba con un sombrero.

Raúl, una vez en su casa, desenvolvió el papel dentro del que estaba la botella. Era una de esas viejas botellas de un litro de capacidad que se usan para aguas minerales, sin tapón, de vidrio opaco y negro.

La etiqueta, también sucia y polvorienta, pero que, no obstante, parecía haber estado protegida de la intemperie, llevaba una inscripción de grandes letras impresas que permitían leer fácilmente:

AGUA DE JUVENTA

Debajo figuraban varias líneas que le costó bastante descifrar y que constituían precisamente la fórmula de aquella Agua de Juventa:

Bicarbonato de sosa.	1349	gramos.
» de potasa.	0435	»
» de cal.	1000	»
etc...			

La botella no estaba vacía. En el interior se movía algo, una cosa ligera, que producía un ruidillo como el de un papel. Puso la botella boca abajo y agitóla, pero nada salió. Entonces introdujo un cordel terminado en un gran nudo. Y, finalmente, a fuerza de paciencia consiguió extraer una hoja de papel arrollada y mantenida así por un cordón rojo. Una vez desenvuelta, vió que constituía solamente la mitad de una hoja ordinaria y

que la otra mitad, la inferior, había sido cortada o, mejor dicho, desgarrada de manera irregular. Había escritas en tinta, bastante borrosa por cierto, muchas letras que le permitieron formar estas frases:

La acusación es verdadera y mi confesión formal: yo soy el único culpable del crimen cometido; no se debe culpar a Jodot ni a Loubeaux.—Brégeac.

Raúl, al primer vistazo, había reconocido la letra de Brégeac. Estaba trazada con una tinta descolorida por el tiempo que, así como el estado del papel, permitía suponer que el documento databa de quince o veinte años atrás. ¿Cuál era el crimen? ¿Contra quién se había cometido?

Tras larga reflexión, concluyó a media voz:

—Toda la oscuridad del asunto provenía de que es doble, de que se mezclaban en él dos aventuras, dos dramas, el primero de los cuales era determinante del segundo. Uno de ellos era el del rápido, en que fueron personajes los hermanos Loubeaux, Guillermo, Jodot y Aurelia. Pero había un drama precedente, ocurrido hace tiempo, y dos de cuyos personajes, Jodot y Brégeac, son ahora enemigos. La situación, cada vez más compleja para quien no tuviese los elementos de juicio que yo tengo, resulta para mí cada vez más clara. ¡Se acerca la hora de la batalla! Y la finalidad es Aurelia o, más concretamente, el secreto que late en el fondo de sus hermosos ojos verdes. Quien por la fuerza, por la astucia o por el amor se adueñe durante unos instantes de su mirada y de su pensamiento, será dueño de ese secreto que tantas vícti-

mas ha causado ya. Marescal, además de sus pasiones, lleva la justicia, ese espantoso instrumento guerrero, al torbellino de venganzas, de odios y de ambiciones. Y yo me sitúo frente a todos...

Se preparó minuciosamente y con tanta más energía cuanto que cada uno de los adversarios multiplicaba las precauciones. Brégeac despidió a la enfermera que informaba a Marescal y a la camarera sobornada por Raúl, a pesar de no tener ninguna prueba formal contra ellas. Y fueron cerrados herméticamente los balcones de la fachada. Por otra parte, comenzaban a pasear la calle agentes de Marescal. El único que no aparecía era Jodot. Desarmado, sin duda, por la pérdida del documento en que Brégeac había consignado sus confesiones, habíase refugiado en lugar seguro.

Así pasaron quince días. Raúl había hecho que le presentaran con un nombre falso a la esposa del ministro que protegía abiertamente a Marescal, y había conseguido penetrar en la intimidad de aquella dama, algo madura, muy celosa y para la cual no tenía ningún secreto su marido. Las atenciones de Raúl la colmaron de júbilo. Y la buena señora, sin darse cuenta del papel que desempeñaba e ignorante, además, de la pasión de Marescal por Aurelia, tuvo a Raúl al corriente, hora por hora, de las intenciones del comisario, de lo que tramaba respecto a Aurelia y de los procedimientos que maquinaba para, con ayuda del ministro, derribar a Brégeac y a quienes le apoyaban.

Raúl tuvo miedo. Tan bien organizado es-

taba el ataque que hubo de preguntarse si no convendría tomar la delantera, raptando a Aurelia, para destruir así el plan del enemigo.

—¿Y luego?—se dijo—. ¿Qué ventajas me reportaría la lucha? El conflicto quedaría en pie. Y... ¡vuelta a empezar!

Supo resistir la tentación.

Cuando, cierto día, al caer de la tarde, volvió a su casa, se encontró con un billete femenino. La señora del ministro le enteraba de las últimas decisiones adoptadas, una de las cuales consistía en detener a Aurelia el día siguiente, 12 de julio, a las tres de la tarde.

—¡Pobre señorita de los ojos verdes!—pensó Raúl—. ¿Tendrá, como le he pedido, confianza en mí, contra todo y contra todos? ¿Será otra ocasión para que lllore y se angustie?

Durmió tranquilamente, como un gran capitán en la víspera de un combate. A las ocho se levantó. Empezaba la jornada decisiva.

Hacia mediodía, cuando Victoria, su criada y antigua nodriza, entraba por la puerta del servicio con el bolso de la compra, seis hombres apostados en la escalera penetraron en la cocina.

—¿Está su señorito?—preguntó brutalmente uno de ellos—. No valen mentiras ¿eh? Soy el comisario Marescal y traigo una orden contra él.

La criada, lívida, temblorosa, murmuró:

—En su despacho...

—Guéenos.

Tapó con la mano la boca de Victoria para que no pudiese avisar a su amo. Y caminaron todos por un pasillo, en cuyo extremo señaló la criada una habitación.

El adversario no tuvo tiempo de ponerse en guardia. Fué sujetado, derribado y atado como un saco. Marescal le dijo secamente:

—Usted es el jefe de los bandidos del rápido. Se llama Raúl de Limézy.

Y, dirigiéndose a sus hombres, añadió:

—Al Deposito. Aquí está la orden. ¡Y mucha discreción! ¡Ni una palabra sobre la personalidad del «cliente»! Usted, Tony, responde de él. Y usted, Labonce, también. Llévenle. A las tres estén frente a la casa de Brégeac. Entonces será la hora de la señorita y del padrastro.

Cuatro hombres se llevaron al «cliente». El otro, Sauvinoux, se quedó con Marescal.

Registraron el despacho, pero no encontraron lo que buscaban, o sea la botella en que Marescal, quince días antes, había podido leer en plena calle: «Agua de Juventa».

Fueron a comer a un restaurante cercano, pero volvieron a continuación. Marescal no cejaba.

Por fin, a las dos y cuarto, avistó Sauvinoux, en la cornisa de una chimenea, la famosa botella. Tenía puesto un tapón y estaba rigurosamente lacrada.

La sacudió y la colocó al trasluz de una bombilla eléctrica: contenía un papelito arrollado.

Vaciló. ¿Lo leería?

—No... No... Todavía no... ¡Delante de

Brégeac!... ¡Bravo, Sauvinoux! Tiene usted mucha vista.

Y se marchó murmurando, lleno de júbilo:

—Ahora ya nos hallamos cerca del fin. Brégeac está en mis manos. ¡No tengo más que apretar! Y la chica no tiene nadie que la defienda. Su galán está a la sombra. ¡Nos veremos las caras, preciosa!